

“Lo que queremos es  
que esto siga siendo nuestro”  
(un barí)

## LA FRONTERA QUE QUEREMOS

*En el marco de la celebración de los 60 años de SIC, el tema de las fronteras no podía quedar al margen. Desmontar falsos problemas, discutir posibles caminos, escuchar a los pobladores. Ésas fueron las intenciones cuando en Maracaibo nos reunimos algunas personas interesadas en el tema: educadores, wayúus y barís, con la participación de Pável Rondón, Director del Instituto de Estudios Fronterizos del Zulia, el Coronel José Chacón, militar retirado, con muchos años de trabajo en la frontera.*

*Aquí están nuestras reflexiones*

En los últimos años el tema de la frontera en el país se ha puesto de moda. Este paso de la inexistencia a la moda, al menos en los medios de comunicación, se lo debemos probablemente a la guerrilla y a las riquezas de buena parte del subsuelo de la misma; esto es, por un lado se está afectando la vida de grandes productores -secuestrados a ganaderos- y por otra parte hay mucho ojos -multinacionales y nacionales- posados sobre las posibilidades económicas de ciertas zonas. Mientras sólo estuvieron sus pobladores de siempre -indígenas, campesinos, pequeños productores e inmigrantes pobres-, las fronteras simplemente no existieron.

### 1. LA FRONTERA ES MUCHO MÁS QUE LOS LÍMITES

En primer lugar, es bueno apuntar que se suele confundir frontera con límites, y ya con eso, de una vez, pensamos en pleitos fronterizos con los vecinos, y la mente se nos llena de banderas, militares y **división**. De hecho, en la frontera del Zulia con Colombia se habla de “la raya” para referirse al punto de salida, o sea, **separación**.

Hoy aparecen concepciones renovadas sobre el propio término de “frontera” que, afortunadamente, la alejan de la restringida concepción de límite.

No se trata de una discusión académica de “fronterólogos”; se trata más bien, al menos así lo vemos nosotros como comunes mortales habitantes de estos lares, de adecuar el discurso a la realidad. La frontera no es la zona que divide a dos países; es una zona amplia con relaciones sociales históricas, con espacios geográficos que no se ordenaron por tratados binacionales. Es una área “vinculante no separatista” (C. Chacón).

Ejemplos vivos los tenemos: la península de la Guajira, hogar de la etnia wayúu, abarca el Municipio Páez -venezolano- y el Departamento de la Guajira -Colombia-; para los wayúus, ése ha sido su territorio propio desde antes de la visita de Colón. Sorprenderse con hitos artificiales en su caminar no ha eliminado

el sentido de pertenencia a ese suelo. Ningún guajiro se percibe ilegal a sí mismo por tener dos cédulas, ¡sí es que son de aquí y de allá! Hay unos 100.000 regados por la península.

Más aún, todo el Zulia puede considerarse estado-frontera (Pável Rondón), y, del lado colombiano, puede considerarse frontera hasta Barranquilla, dadas las relaciones de pobladores en ambos sentidos. Lo mismo puede decirse del Táchira, por ejemplo: todo ese estado es fronterizo. Esta concepción implica un cambio de visión también para enfocar la solución de los problemas.

Por otra parte, los pobladores de la frontera, entendiéndola en sentido amplio, se sienten ligados de lado y lado, con mucha menos conflictividad que los organismos de seguridad y ciertas corrientes de opinión. Así, hay festivales del lado colombiano a los cuales acuden grupos culturales del lado venezolano; hay lazos familiares, hay solidaridad para enfrentar problemas.

### 2. LA FRONTERA QUE QUEREMOS, TENEMOS QUE CONOCERLA MEJOR

Uno de los más serios problemas es el desconocimiento de estas zonas del país. O bien se hace caso omiso de muchas cosas o bien se repiten afirmaciones, sin discusión ni estudios. Así, por ejemplo, se ha dicho hasta la saciedad que los servicios de salud de los estados fronterizos “han colapsado por el alto número de colombianos que se benefician de ellos”. También se suele hablar de la “invasión de colombianos” al Zulia. También dicen alegremente que nuestras cárceles están llenas de extranjeros.

Pues bien, el instituto de Estudios Fronterizos, adscrito a la Gobernación del Estado Zulia, ha realizado estudios muy interesantes que indican que tenemos una visión equivocada de los problemas fronterizos. Los datos que anotamos a continuación pueden desconcertar a los más enfermizos xenófobos:

- Las madres extranjeras atendidas en la Maternidad Castillo Plaza (Maracaibo) en 1992 llegaban al 22% del



Luisa C. Pernalette

total; en 1996, el porcentaje ha descendido a cerca de un 10%.

- En el Hospital Universitario de Maracaibo, en 1992, cerca de un 10% de los hospitalizados eran colombianos. Para 1996, el porcentaje ha descendido a un 4%. Los problemas del Hospital, en cambio, no han disminuido por ello. (Ver gráficos).
- En cuanto a los infractores indocumentados, el número de faltas cometidas por ellos, según fuentes de la Policía del Estado Zulia, ha disminuido considerablemente. En este mismo aspecto, en la cárcel de Sabaneta hay 292 colombianos reclusos, lo cual equivale a un 5% de la población del penal. No es como para afirmar que el problema de la inseguridad ciudadana en el Estado se lo debamos a los indocumentados. Igualmente, las estadísticas con respecto a los delitos fronterizos indican que éstos han descendido notablemente en los últimos dos años, con el añadido de que en algunos de los secuestros antes atribuidos indistintamente a la guerrilla colombiana, hay evidencias de la responsabilidad de venezolanos, no sólo delincuentes comunes, sino de funcionarios venezolanos.

- Con respecto a la conflictividad que suele atribuírsele a la zona fronteriza, de acuerdo a datos apuntados en un seminario reciente en la ciudad, por los lados del Táchira, en 1968, se deportaron unos 7.000 colombianos; el año pasado sólo se deportaron 400.

Finalmente, sobre la "invasión" de los colombianos por la frontera occidental, los estudios del IZEF reportan un descenso brusco en los últimos años, echando por tierra esa afirmación del incremento de inmigración de los vecinos a causa de su crisis política. Ello no significa, por supuesto, que, con las inversiones que se generarán por la apertura petrolera, no sea el Zulia nuevamente un polo de atracción para los vecinos; pero al menos la "invasión" que se ha mencionado no parece ser tal. (Ver gráficos del artículo anterior).

### 3. LA FRONTERA NO ES UN ASUNTO EXCLUSIVO DE LOS MILITARES

Hace poco, los periódicos nos informaron que los Teatros de Operaciones (TO) estaban siendo reforzados por Unidades de Operaciones Especiales, como el que se activó a principios de octubre en la Zona de El Guayabo, al Sur del Lago de Maracaibo. En el acto de activación, se habló de "Zona de combate # 2". Se informó también en ese acto que el número de efectivos militares que están en las fronteras, sobre todo en las declaradas zonas de conflicto, asciende a 40.000 (Panorama, 05-10-97).

Es frecuente identificar frontera con militares. Pareciera que sólo las FF.AA. tienen algo que decir en este asunto. Pero esa concepción restringida de la frontera, que tiende a darle a los problemas del área soluciones militares, ha sido -y es- una fuerte tendencia, hoy muy discutida. En los llamados corredores fronterizos están suspendidas las Garantías Constitucionales -inexistentes de hecho desde hace mucho tiempo-, la autoridad militar está por encima de la autoridad civil. Allanamientos, capturas, permiso para cualquier cosa, alcabalas pidiendo documentos, en algunas zonas fronterizas, son parte de la vida diaria. La auto-

**La frontera no es la zona que divide a dos países; es una zona amplia con relaciones sociales históricas, con espacios geográficos que no se ordenaron por tratados binacionales**



ridad militar no discute con la autoridad civil y, menos aún, con los que allí viven.

Esta militarización ha traído consecuencias terribles para los pobladores, especialmente en el incremento de violación de los Derechos Humanos. Todo poblador parece ser sospechoso y rápidamente culpable de ser o colaborador de la guerrilla o cómplice de algún secuestro, o contrabandista. ¿Cuántas veces la Guardia Nacional no ha sugerido que Fe y Alegría "bachaquea" sólo por llevar a su escuela de la Alta Guajira combustible para sus transportes escolares? ¿Cuántas veces al mes deben los indígenas de la Sierra de Perijá y las hermanas misioneras mostrar permisos para llevar unas laticas de gasolina hasta sus comunidades y responder a las mismas preguntas con las mismas respuestas de siempre?

La militarización, además de facilitar los abusos de autoridad, ha contribuido al despoamiento de la frontera, pues muchas veces la imagen de la guerrilla -real o en la imaginación- es mejor que la del Ejército y la Guardia Nacional. Pero, dado que los militares, cuando ocurre algo, realizan unas redadas indiscriminadas contra la población -ejemplos hay muchos, y se puede consultar los informes anuales de Amnistía Internacional-, los más débiles terminan huyendo de sus propias tierras. La vida se vuelve imposible, pues, como nos contaba un campesino de la zona del Cataumbo, "si uno dice que sí sabe de la guerrilla, es acusado de colaborador y va preso; si uno dice que no sabe nada, es acusado de encubridor, y entonces es torturado para que uno confiese lo que supuestamente sabe. ¿Entonces, qué hacemos? Irnos".

Últimamente hasta los grandes ganaderos han comenzado a hablar de buscar otras salidas, pues, sin trabajadores, tampoco hay producción.

Por otra parte, es necesario que otras voces se escuchen para echar a andar proyectos en la frontera: Alcaldías, etnias, instituciones que laboren en la

zona, la Iglesia cuando está presente, organizaciones. Los planes tienen que ser discutidos entre las partes involucradas, pues la lógica militar no puede prevalecer en contra de otras lógicas. Más aún, dado que la frontera no es sólo la parte de "acá", se plantea, en intento de soluciones más efectivas a los problemas, que haya la posibilidad de acercamiento entre iguales binacionales: organizaciones culturales de allá y de acá, Alcaldías de allá y de acá, autoridades de allá y de acá... Los problemas complejos, como el caso de los de esta zona, no pueden ser resueltos con soluciones unidimensionales.

Nadie duda de que en algunos lugares, en donde a veces no ha llegado la electricidad, donde las comunicaciones son difíciles, la inseguridad es un problema serio (¿no lo es en todo el país?). Pareciera que no hay duda de la presencia guerrillera por los lados de Apure, por ejemplo; pero, en las zonas donde esa presencia no existe (¿dónde se esconde un guerrillero en el desierto de la Guajira?), también se siente el peso de la militarización. ¿Ha controlado el contrabando la Guardia Nacional en estos lugares, o es parte del problema? ¿Hay control de la entrada de ilegales o hay cierta complacencia de las autoridades? Va ganando terreno la tendencia que insiste en la necesidad de ampliar base de actores sociales para enfrentar los problemas fronterizos.

#### 4. QUEREMOS UNA FRONTERA EN DONDE SE VIVA CON DIGNIDAD

Probablemente, éste es el mayor clamor de las etnias que pueblan la

frontera: respeto, respeto a sus vidas, a su cultura, a su ambiente.

Hay que aclarar que, cuando se habla de inseguridad, de maltratos, de

suspensión de garantías en la frontera, no hablamos de una situación homogénea: para "unos" están más suspendidas que para otros.

Muy bien lo explica el documento de la Comunidad Barí de Bogshi (Alto Río de Oro, Sierra de Perijá): "¿Para quién



**La frontera que queremos, debemos aceptar que es una realidad pluricultural. El intercambio con Colombia en el Zulia o el Táchira, con Brasil y Guayana en Oriente y Sur, hace de la frontera una zona con elementos culturales en continuo movimiento**

se suspenden las garantías constitucionales en las fronteras? Artículo 60: la libertad y la seguridad personal...; Artículo 62: el hogar doméstico es **inviolable**...; Artículo 64: todos pueden transitar libremente por el territorio nacional...; Artículo 71: todos tienen el derecho a reunirse públicamente... somos los Indígenas y los misioneros los que sufrimos las consecuencias de esta suspensión. Ya que los hacendados y petroleros andan libremente y a ellos nunca se les decimisa nada, ni se meten en sus hogares a la fuerza como algunos funcionarios han

hecho con nosotros, ni los detienen... como sí es frecuente con ellos".

Esta discriminación en la suspensión es reiterada y evidente, incluso en la solicitud de documentos en el puente sobre el Río Limón o en el puente sobre el Lago de Maracaibo. Las miradas de los funcionarios quedan fijas en las cédulas entregadas por indígenas y personas de piel más oscura, siempre sospechosos de "colombiano-indocumentado-contrabandista-malhechor-mula".

La frontera que queremos debe tomar en cuenta el Derecho a ser tratado con dignidad. "Uno se asombra cuando ve que las mismas personas que hacen las leyes - "alijunas", para los wayúu, "dabagdó" para los barí- son los que las violan". Alguna vez, en un taller básico de DD.HH., un indígena, después de leer la Declaración Universal y la Constitución, exclamó sorprendido "No sabía yo que las leyes *alijunas* también servían para defender a uno; siempre creí que eran sólo para negar a uno".

Los pobladores de las fronteras se sienten frecuentemente extranjeros en su territorio, los abusos de autoridad son frecuentes y la indefensión es casi total. ¿A quién recurrir? "¿Quién le va a creer a una guajira afectada por la extorsión o abuso de algún funcionario en la alcabala? ¿Uno va a acusar y termina por ser el culpable?", comentaba Angel Arévalo.

#### 5. LA FRONTERA QUE QUEREMOS NO PUEDE SER DE LAS MULTINACIONALES

Se habla de desarrollo para la zona fronteriza, pero ¿cuál desarrollo? ¿El que propone el capitalismo salvaje que termina acabando con la **vida**? ¿El desarrollo depredador que el Norte ya no quiere para su medio ambiente, pero que nos lo exporta al Sur? En este sentido, las etnias que habitan los ricos territorios del Amazonas y los yucpas y barís de la sierra de Perijá han sostenido eternas luchas en defensa de su hábitat.

Alguien decía que esas etnias vivían en territorio equivocado y tendrían que mudarse para "dar paso al desarrollo".